

Antonio Buero Vallejo: *Historia de una escalera*

Selección de textos

De cada uno de estos textos, tienes que desarrollar las tres primeras preguntas de la PEvAU, es decir:

1. Identifique las ideas del texto, exponga de forma concisa su organización y, en su caso, indique razonadamente su estructura (1,5 puntos)
2. Explique la intención comunicativa del autor (0,5 puntos) y comente dos mecanismos de cohesión distintos que refuercen la coherencia textual (1 punto).
3. Responde a la pregunta que aparece al final de cada texto. Elabore un discurso argumentativo, entre 200 y 250 palabras, en respuesta a la pregunta, eligiendo el tipo de estructura que considere adecuado (2 puntos)

Acto I

Texto 1

URBANO.—¡Hola! ¿Qué haces ahí?

FERNANDO.—Hola, Urbano. Nada.

URBANO.—Tienes cara de enfado.

FERNANDO.—No es nada.

URBANO.—Baja al «casinillo». (*Señalando el hueco de la ventana.*) Te invito a un cigarro. (*Pausa.*) ¡Baja, hombre! (*Fernando empieza a bajar sin prisa.*) Algo te pasa. (*Sacando la petaca.*) ¿No se puede saber?

FERNANDO.—(*Que ha llegado.*) Nada, lo de siempre...

(*Se recuestan en la pared del «casinillo». Mientras hacen los pitillos.*) ¡Que estoy harto de todo esto!

URBANO.—(*Riendo.*) Eso es ya muy viejo. Creí que te ocurría algo.

FERNANDO.—Puedes reírte. Pero te aseguro que no sé cómo aguanto. (*Breve pausa.*) En fin, ¡para qué hablar! ¿Qué hay por tu fábrica?

URBANO.—¡Muchas cosas! Desde la última huelga de metalúrgicos la gente se syndica a toda prisa. A ver cuándo nos imitáis los dependientes.

FERNANDO.—No me interesan esas cosas.

URBANO.—Porque eres tonto. No sé de qué te sirve tanta lectura.

FERNANDO.—¿Me quieres decir lo que sacáis en limpio de esos líos?

URBANO.—Fernando, eres un desgraciado. Y lo peor es que no lo sabes. Los pobres diablos como nosotros nunca lograremos mejorar la vida sin la ayuda mutua. Y eso es el syndicato. ¡Solidaridad! Ésa es nuestra palabra. Y sería la tuya si te dices cuenta de que no eres más que un triste hortera. ¡Pero como te crees un marqués!

FERNANDO.—No me creo nada. Sólo quiero subir. ¿Comprendes? ¡Subir! Y dejar toda esta sordidez en que vivimos.

URBANO.—Y a los demás que los parta un rayo.

FERNANDO.—¿Qué tengo yo que ver con los demás? Nadie hace nada por nadie. Y vosotros os metéis en el syndicato porque no tenéis arranque para subir solos. Pero ese no es camino para mí. Yo sé que puedo subir y subiré solo.

URBANO.—¿Se puede uno reír?

FERNANDO.—Haz lo que te dé la gana.

PREGUNTA: ¿Cree usted que para mejorar la sociedad son necesarias las agrupaciones sociales como syndicatos, ONGs, asociaciones benéficas, etc?

Texto 2

URBANO.—(*Sonriendo.*) Escucha, papanatas. Para subir solo, como dices, tendrías que trabajar todos los días diez horas en la papelería; no podrías faltar nunca, como has hecho hoy...

FERNANDO.—¿Cómo lo sabes?

URBANO.—¡Porque lo dice tu cara, simple! Y déjame continuar. No podrías tumbarte a hacer versitos ni a pensar en las musarañas; buscarías trabajos particulares para redondear el presupuesto y te acostarías a las tres de la mañana contento de ahorrar sueño y dinero. Porque tendrías que ahorrar, ahorrar como una urraca; quitándolo de la comida, del vestido, del tabaco... Y cuando llevases un montón de años haciendo eso, y ensayando negocios y buscando caminos, acabarías por verte solicitando cualquier miserable empleo para no morirte de hambre... No tienes tú madera para esa vida.

FERNANDO.—Ya lo veremos. Desde mañana mismo...

URBANO.—(*Riendo.*) Siempre es desde mañana. ¿Por qué no lo has hecho desde ayer, o desde hace un mes? (*Breve pausa.*) Porque no puedes. Porque eres un soñador. ¡Y un gandul! (*Fernando lo mira lívido, conteniéndose, y hace un movimiento para marcharse.*) ¡Espera, hombre! No te enfades. Todo esto te lo digo como un amigo.

(*Pausa.*)

FERNANDO.—(*Más calmado y levemente despreciativo.*) ¿Sabes lo que te digo? Que el tiempo lo dirá todo. Y que te emplazo. (*Urbano lo mira.*) Sí, te emplazo para dentro de... diez años, por ejemplo. Veremos, para entonces, quién ha llegado más lejos; si tú con tu sindicato o yo con mis proyectos.

URBANO.—Ya sé que yo no llegaré muy lejos; y tampoco tú llegarás. Si yo llego, llegaremos todos. Pero lo más fácil es que dentro de diez años sigamos subiendo esta escalera y fumando en este «casinillo».

FERNANDO.—Yo, no. (*Pausa.*) Aunque quizá no sean muchos diez años...

(*Pausa.*)

URBANO.—(*Riendo.*) ¡Vamos! Parece que no estás muy seguro.

FERNANDO.—No es eso, Urbano. ¡Es que le tengo miedo al tiempo! Es lo que más me hace sufrir. Ver cómo pasan los días, y los años..., sin que nada cambie. Ayer mismo éramos tú y yo dos críos que veníamos a fumar aquí, a escondidas, los primeros pitillos... ¡Y hace ya diez años! Hemos crecido sin darnos cuenta, subiendo y bajando la escalera, rodeados siempre de los padres, que no nos entienden; de vecinos que murmuran de nosotros y de quienes murmuramos... Buscando mil recursos y soportando humillaciones para poder pagar la casa, la luz... y las patatas. (*Pausa.*) Y mañana, o dentro de diez años que pueden pasar como un día, como han pasado estos últimos..., ¡sería terrible seguir así! Subiendo y bajando la escalera, una escalera que no conduce a ningún sitio; haciendo trampas en el contador, aborreciendo el trabajo..., perdiendo día tras día... (*Pausa.*) Por eso es preciso cortar por lo sano.

URBANO.— ¿Y qué vas a hacer?

FERNANDO.— No lo sé. Pero ya haré algo.

URBANO.— ¿Y quieres hacerlo solo?

FERNANDO.— Solo.

URBANO.— Completamente?

(*Pausa.*)

FERNANDO.— Claro.

URBANO.— Pues te voy a dar un consejo. Aunque no lo creas, siempre necesitamos de los demás. No podrás luchar solo sin cansarte.

PREGUNTA: ¿Cree usted que **siempre** es una actitud vital egoísta pretender triunfar solo, sin contar con los demás?

Texto 3

(Aparece Rosa, que es una mujer joven, guapa y provocativa. Al pasar junto a ellos los saluda despectivamente, sin detenerse, y comienza a subir el tramo.)

ROSA.—Hola, chicos.

FERNANDO.—Hola, Rosita.

URBANO.—¿Ya has pindongueado bastante?

ROSA.—*(Parándose.)* ¡Yo no pindongueo! Y, además, no te importa.

URBANO.—Un día de éstos le voy a romper las muelas a alguien!

ROSA.—¿Qué valiente! Cuídate tú la dentadura por si acaso.

(Sube. Urbano se queda estupefacto por su descaro. Fernando ríe y le llama a su lado. Antes de llamar Rosa en el III se abre el I y sale Pepe. El hermano de Carmina ronda ya los treinta años y es un granuja achulado y presuntuoso. Ella se vuelve y se contemplan, muy satisfechos. Él va a hablar, pero ella le hace señas de que se calle y le señala el «casinillo», donde se encuentran los dos muchachos ocultos para él. Pepe la invita por señas a bailar para después y ella asiente sin disimular su alegría. En esta expresiva mímica los sorprende Paca, que abre de improviso.)

PACA.—¡Bonita representación! *(Furiosa, zarandea a su hija.)* ¡Adentro, condenada! ¡Ya te daré yo diversiones! *(Fernando y Urbano se asoman.)*

ROSA.—¡No me empuje! ¡Usted no tiene derecho a maltratarme!

PACA.—¿Que no tengo derecho?

ROSA.—¡No, señora! ¡Soy mayor de edad!

PACA.—¿Y quién te mantiene? ¡Golfa, más que golfa!

ROSA.—¡No insulte!

PACA.—*(Metiéndola de un empujón.)* ¡Anda para adentro! *(A Pepe, que optó desde el principio por bajar un par de peldaños.)* ¡Y tú, chulo indecente! ¡Si te vuelvo a ver con mi niña te abro la cabeza de un sartenazo! ¡Como me llamo Paca!

PEPE.—Ya será menos.

PACA.—¡Aire! ¡Aire! ¡A escupir a la calle!

PREGUNTA: ¿Cree usted que los padres deben mantener su autoridad para mantener su autoridad sobre sus hijos, cuando estos son ya mayores de edad?

Texto 4

(Pepe baja sonriendo con suficiencia. Va a pasar de largo, pero Urbano le detiene por la manga.)

URBANO.—No tengas tanta prisa.

PEPE.—*(Volviéndose con saña.)* ¡Muy bien! ¡Dos contra uno!

FERNANDO.—*(Presuroso.)* No, no, Pepe. *(Con sonrisa servil.)* Yo no intervengo; no es asunto mío.

URBANO.—No. Es mío.

PEPE.—Bueno, suelta. ¿Qué quieres?

URBANO.—*(Reprimiendo su ira y sin soltarle.)* Decirte nada más que si la tonta de mi hermana no te conoce, yo sí. Que si ella no quiere creer que has estado viviendo de la Luisa y de la Pili después de lanzarlas a la vida, yo sé que es cierto. ¡Y que como vuelva a verte con Rosa, te juro, por tu madre, que te tiro por el hueco de la escalera! *(Lo suelta con violencia.)* Puedes largarte. *(Le vuelve la espalda.)*

PEPE.—Será si quiero. ¡Estos mocosos! (*Alisándose la manga.*) ¡Que no levantan dos palmos del suelo y quieren medirse con hombres! Si no mirara...

(Urbano *no le hace caso.* Fernando *interviene, aplacador*)

FERNANDO.—Déjalo, Pepe. No te... alteres. Mejor será que te marches.

PEPE.—Sí. Mejor será. (*Inicia la marcha y se vuelve.*) El mocosos indecente, que cree que me va a meter miedo a mí... (*Baja protestando.*) Un día me voy a liar a mamporros y le demostraré lo que es un hombre...

FERNANDO.—No sé por qué te gusta tanto chillar y amenazar.

URBANO.—(*Seco.*) Eso va en gustos. Tampoco me agrada a mí que te muestres tan amable con un sinvergüenza como ése.

FERNANDO.—Prefiero eso a lanzar amenazas que luego no se cumplen.

URBANO.—¿Que no se cumplen?

FERNANDO.—¿Qué van a cumplirse! Cualquier día tiras tú a nadie por el hueco de la escalera. ¿Todavía no te has dado cuenta de que eres un ser inofensivo?

PREGUNTA: ¿Considera usted que, en algún caso, la violencia puede resolver las disputas o enfrentamientos entre personas o colectivos?

Texto 5

ELVIRA.—Fernando.

FERNANDO.—¡Hola!

ELVIRA.—¿Podrías acompañarme hoy a comprar un libro? Tengo que hacer un regalo y he pensado que tú me ayudarías muy bien a escoger.

FERNANDO.—No sé si podré.

(*Pausa.*)

ELVIRA.—Procúralo, por favor. Sin ti no sabré hacerlo. Y tengo que darlo mañana.

FERNANDO.—A pesar de eso no puedo prometerte nada. (*Ella hace un gesto de contrariedad.*) Mejor dicho: casi seguro que no podrás contar conmigo. (*Sigue mirando por el hueco.*)

ELVIRA.—(*Molesta y sonriente.*) ¿Qué caro te cotizas! (*Pausa.*) Mírame un poco, por lo menos. No creo que cueste mucho trabajo mirarme... (*Pausa.*) ¿Eh?

FERNANDO.—(*Levantando la vista.*) ¿Qué?

ELVIRA.—Pero ¿no me escuchabas? ¿O es que no quieres enterarte de lo que te digo?

FERNANDO.—(*Volviéndole la espalda.*) Déjame en paz.

ELVIRA.—(*Resentida.*) ¡Ah! ¡Qué poco te cuesta humillar a los demás! ¡Es muy fácil., y muy cruel humillar a los demás! Te aprovechas de que te estiman demasiado para devolverte la humillación... pero podría hacerse...

FERNANDO.—(*Volviéndose furioso.*) ¡Explica eso!

ELVIRA.—Es muy fácil presumir y despreciar a quien nos quiere, a quien está dispuesto a ayudarnos... A quien nos ayuda ya... Es muy fácil olvidar esas ayudas...

FERNANDO.—(*Iracundo.*) ¿Cómo te atreves a echarme en cara tu propia ordinariez? ¡No puedo sufrirte! ¡Vete!

ELVIRA.—(*Arrepentida.*) ¡Fernando, perdóname, por Dios! Es que...

FERNANDO.—¡Vete! ¡No puedo soportarte! No puedo resistir vuestros favores ni vuestra estupidez. ¡Vete!
(*Ella ha ido retrocediendo muy afectada. Se entra, llorosa y sin poder reprimir apenas sus nervios. Fernando, muy alterado también, saca un cigarrillo. Al tiempo de tirar la cerilla:*) ¡Qué vergüenza!

PREGUNTA: ¿Considera usted inadecuado que una mujer declare sus sentimientos o que tome la iniciativa en una relación amorosa?

Texto 6

PACA.—¿Cuánta luz ha pagado este mes?

GENEROSA.—Dos sesenta. ¡Un disparate! Y eso que procuro encender lo menos posible... Pero nunca consigo quedarme en las dos pesetas.

PACA.—No se queje. Yo he pagado cuatro diez.

GENEROSA.—Ustedes tienen una habitación más y son más que nosotros.

PACA.—¡Y qué! Mi alcoba no la enciendo nunca. Juan y yo nos acostamos a oscuras. A nuestra edad, para lo que hay que ver...

GENEROSA.—¡Jesús!

PACA.—¿He dicho algo malo?

GENEROSA.—(*Riendo débilmente.*) No, mujer; pero... ¡qué boca, Paca!

PACA.—¿Y para qué sirve la boca, digo yo? Pues para usarla.

GENEROSA.—Para usarla bien, mujer.

PACA.—No he insultado a nadie.

GENEROSA.—Aun así...

PACA.—Mire, Generosa: usted tiene muy poco arranque. ¡Eso es! No se atreve ni a murmurar.

GENEROSA.—¡El Señor me perdone! Aún murmuro demasiado.

PACA.—¡Si es la sal de la vida! (*Con misterio.*) A propósito: ¿sabe usted que don Manuel le ha pagado la luz a doña Asunción? (*Fernando, con creciente expresión de disgusto, no pierde palabra.*)

GENEROSA.—Ya me lo ha dicho Trini.

PACA.—¡Vaya con Trini! ¡Ya podía haberse tragado la lengua! (*Cambiando el tono.*) Y, para mí, que fue Elvirita quien se lo pidió a su padre.

GENEROSA.—No es la primera vez que les hacen favores de éstos.

PACA.—Pero quien lo provocó, en realidad, fue doña Asunción.

GENEROSA.—¿Ella?

PACA.—¡Pues claro! (*Imitando la voz.*) «Lo siento, cobrador, no puedo ahora. ¡Buenos días, don Manuel! ¡Dios mío, cobrador, si no puedo! ¡Hola, Elvirita, qué guapa estás!». ¡A ver si no lo estaba pidiendo descaradamente!

GENEROSA.—Es usted muy mal pensada.

PACA.—¿Mal pensada? ¡Si yo no lo censuro! ¿Qué va a hacer una mujer como ésa con setenta y cinco pesetas de pensión y un hijo que no da golpe?

GENEROSA.—Fernando trabaja.

PACA.—¿Y qué gana? ¡Una miseria! Entre el carbón, la comida y la casa se les va todo. Además, que le descuentan muchos días de sueldo. Y puede que lo echen de la papelería.

GENEROSA.—¡Pobre chico! ¿Por qué?

PACA.—Porque no va nunca. Para mí que ése lo que busca es pescar a Elvirita... y los cuartos de su padre.

GENEROSA.—¿No será al revés?

PACA.—¡Qué va! Es que ese niño sabe mucha táctica, y se hace querer. ¡Como es tan guapo! Porque lo es; eso no hay que negárselo.

PREGUNTA: ¿Considera usted que es censurable siempre el cotilleo, sea entre vecinos, en redes sociales, por televisión...?

Texto 7

FERNANDO.—Carmina.

CARMINA.—Déjeme...

FERNANDO.—No, Carmina. Me huyes constantemente y esta vez tienes que escucharme.

CARMINA.—Por favor, Fernando... ¡Suélteme!

FERNANDO.—Cuando éramos chicos nos tuteábamos... ¿Por qué no me tuteas ahora? (*Pausa.*) ¿Ya no te acuerdas de aquel tiempo? Yo era tu novio y tú eras mi novia... Mi novia... Y nos sentábamos aquí (*Señalando los peldaños.*), en ese escalón, cansados de jugar..., a seguir jugando a los novios.

CARMINA.—Cállese.

FERNANDO.—Entonces, me tuteabas y... me querías.

CARMINA.—Era una niña... Ya no me acuerdo.

FERNANDO.—Eras una mujercita preciosa. Y sigues siéndolo. Y no puedes haber olvidado. ¡Yo no he olvidado! Carmina, aquel tiempo es el único recuerdo maravilloso que conservo en medio de la sordidez en que vivimos. Y quería decirte... que siempre... has sido para mí lo que eras antes.

CARMINA.—No te burles de mí!

FERNANDO.—¡Te lo juro!

CARMINA.—¿Y todas... ésas con quien has paseado y... que has besado?

FERNANDO.—Tienes razón. Comprendo que no me creas. Pero un hombre... Es muy difícil de explicar. A ti, precisamente, no podía hablarte..., ni besarte... ¡Porque te quería, te quería y te quiero!

CARMINA.—No puedo creerte. (*Intenta marcharse.*)

FERNANDO.—No, no. Te lo suplico. No te marches. Es preciso que me oigas... y que me creas. Ven. (*Lleva al primer peldaño.*) Como entonces.

PREGUNTA: ¿Considera usted justificable la afirmación de Fernando de que no cortejaba a Carmina, precisamente porque la respetaba y la quería?

Texto 9

CARMINA.—¡Si nos ven!

FERNANDO.—¡Qué nos importa! Carmina, por favor, créeme. No puedo vivir sin ti. Estoy desesperado. Me ahoga la ordinariéz que nos rodea. Necesito que me quieras y que me consueles. Si no me ayudas, no podré salir adelante.

CARMINA.—¿Por qué no se lo pides a Elvira? (*Pausa. Él la mira, excitado y alegre.*)

FERNANDO.—Me quieres! ¡Lo sabía! ¡Tenías que quererme! (*Le levanta la cabeza. Ella sonrío involuntariamente.*) ¡Carmina, mi Carmina! (*Va a besarla, pero ella le detiene.*)

CARMINA.—¿Y Elvira?

FERNANDO.—La detesto! Quiere cazarme con su dinero. ¡No la puedo ver!

CARMINA.—(*Con una risita.*) ¡Yo tampoco! (*Ríen, felices.*)

FERNANDO.—Ahora tendría que preguntarte yo: ¿y Urbano?

CARMINA.—Es un buen chico! ¡Yo estoy loca por él! (*Fernando se enfurruña.*) ¡Tonto!

FERNANDO.—(*Abrazándola por el talle.*) Carmina, desde mañana voy a trabajar de firme por ti. Quiero salir de esta pobreza, de este sucio ambiente. Salir y sacarte a ti. Dejar para siempre los chismorreos, las broncas entre vecinos... Acabar con la angustia del dinero escaso, de los favores que abochornan como una bofetada, de los padres que nos abruman con su torpeza y su cariño servil, irracional...

CARMINA.—(*Reprensiva.*) ¡Fernando!

FERNANDO.—Sí. Acabar con todo esto. ¡Ayúdame tú! Escucha: voy a estudiar mucho, ¿sabes? Mucho. Primero me haré delineante. ¡Eso es fácil! En un año... Como para entonces ya ganaré bastante, estudiaré para aparejador. Tres años. Dentro de cuatro años seré un aparejador solicitado por todos los arquitectos. Ganaré mucho dinero. Por entonces tú serás ya mi mujercita, y viviremos en otro barrio, en un pisito limpio y tranquilo. Yo seguiré estudiando. ¿Quién sabe? Puede que para entonces me haga ingeniero. Y como una cosa no es incompatible con la otra, publicaré un libro de poesías, un libro que tendrá mucho éxito...

CARMINA.—(*Que le ha escuchado extasiada.*) ¡Qué felices seremos!

FERNANDO.—¡Carmina!

(*Se inclina para besarla y da un golpe con el pie a la lechera, que se derrama estrepitosamente. Temblorosos, se levantan los dos y miran, asombrados, la gran mancha blanca en el suelo.*)

PREGUNTA: ¿Considera usted que como dice la expresión popular “detrás de un gran hombre siempre hay una gran mujer (o viceversa)?